Editorial

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/am.30.2017.1>

La filosofía latinoamericana es un tema que para algunos es de dudosa procedencia y para otros una oportunidad de emancipación. Los argumentos a favor y en contra tienen un soporte que funciona conforme a las circunstancias de cómo se indague frente al tema. Lo cierto es que, indudablemente, todos coinciden en reconocer la pregunta sobre el filosofar latinoamericano, la cual a través de la historia de la filosofía ha contado con abundantes respuestas desde distintas ópticas y perspectivas.

En esa abundancia de respuestas, algunos pensadores de Latinoamérica se han empeñado en forjar y organizar, sobre todo las ideas que han significado un avance en el interés por reivindicar nuestra identidad filosófica, reconociendo que es necesario recobrar lo ya recorrido y plantearse nuevas inquietudes. En esa línea del filosofar latinoamericano, el mexicano Leopoldo Zea plantea una propuesta basada primordialmente en el reconocimiento del proceso histórico, porque considera que la pregunta sobre el desarrollo de la filosofía latinoamericana exige un análisis sobre el panorama de la filosofía en general y más especialmente sobre la filosofía de Occidente, en vista de la influencia que esta ha ejercido sobre nosotros.

La obra de Zea, desde cuando fundó en el año de 1942 el primer seminario de Historia de las ideas de América, en la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se encaminó con la fundación del “Grupo Hiperión”, a consolidar los esfuerzos hacia la elaboración de una filosofía propia, estudiando el reconocimiento de la realidad de América, partiendo del caso más próximo para tener una idea clara de sí mismo: Lo que hace a un mexicano, lo que hace de él un hispanoamericano y qué tiene de común con los Iberoameri-

canos. Esta reflexión contenida en su obra *América en la historia*, publicada en 1957, lo remite a la pregunta de si existe una idea propia de América con relación a otros continentes, intentando, además, formular una verdad humana, pero no de un hombre abstracto, sino de un hombre concreto, tal y como lo es el americano, en un tiempo y un espacio determinado, una verdad que será válida para quien se encuentre en un espacio semejante y luego, solo así, para todo hombre. En últimas, será la única manera de pensarse como “un fin en sí mismo y no como un medio”.

Cristóbal Arteta Ripoll

Editor

Revista Amauta